

tira en cortesía, y aun en una lucha de generosidad entre dos pueblos enemigos. El mismo sentimiento caballeresco, pero natural y sin exageración, domina en todo el romance, que parece de las últimas décadas del siglo xvi.

843.

AL MISMO ASUNTO. — CXX.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Ganada tiene á Valencia  
Ese bueno y afamado  
Don Rodrigo de Vivar,  
El valiente castellano.  
Gran haber que habia en ella,  
De los moros lo ha ganado.  
Como bueno y muy leal  
Su presente habia enviado  
A ese buen rey Alfonso,  
De quien el Cid es vasallo.  
Conoció señorío,  
Como cualquier buen hidalgo,  
Cien caballos le enviara  
Ensilados y enfrenados.  
Los que llevan el presente  
Son hidalgos muy honrados:  
Martin Antolin de Búrgos,  
Y Alvar Fañez el loado.  
Los mensajeros del Cid  
A Palencia son llegados  
Donde estaba el rey Alfonso  
Y grandes de su reinado.  
Al Rey saliendo de misa  
El presente le ha llegado:  
Ambos los dos caballeros  
Besaron al Rey la mano.  
El Rey dijo á Alvar Fañez:  
— Vos seais muy bien llegado:  
¿Qué nuevas vos me traeis  
Del Cid mi leal criado?—  
El respondió: — Buen señor,  
Besa vuestros piés y manos,  
Como á señor natural  
De quien espera gran algo.  
Lo que al Cid ha acontecido  
Por mí vos será contado.  
Venció tres lides campales  
De moros mucho esforzados,  
Ganóles cuatro castillos  
De valor muy estimado;  
A Valencia, ciudad noble,  
Tambien les habia ganado:  
En ella puso arzobispo,  
Por ser pueblo tan honrado;  
De las ganancias que hobo  
Os envia cien caballos,  
Como á su señor que sois,  
En presente os ha enviado. —  
Cuando esto oyera el Rey  
Hfzose maravillado,  
Comenzóse á santiguar  
De aquesto que le ha contado.  
—; Si me vala San Isidro,  
Dijo, que soy espantado  
De aqueso que me decis,  
De ese buen Cid tan nombrado!  
Del su bien mucho á mí place,  
Su don recibo de grado,  
Como de vasallo mio  
El mas noble y mas honrado  
Que ha habido en las Españas  
En los tiempos que han pasado.  
Entrégole yo á Valencia  
Con todo lo que ha ganado,  
Y todo lo que ganare,  
Todo lo haya á su mando,  
D'ello se llame señor,  
De mí sería el vasallo,  
Que soy señor natural

De donde él fuera criado;  
Con mi gracia vayan todos  
A servirlo y á ayudarlo,  
Que es razon que sea servido  
Por ser el Cid tan honrado.—

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

844.

AL MISMO ASUNTO. — CXXI.

(Anónimo.)

Desterrado estaba el Cid  
De la corte, y de su aldea,  
De Castilla, por su rey,  
Cansado de vencer guerras,  
Y en las venturosas armas  
Apénas las manchas secas  
De la sangre de los moros,  
Que ha vencido en sus fronteras,  
Y aun estaban los pendones  
Tremolando en las almenas  
De las soberbias murallas  
Humilladas de Valencia,  
Cuando para el rey Alfonso  
Un rico presente ordena  
De cautivos y caballos,  
De despojos y riquezas.  
Todo lo despacha á Búrgos;  
Y á Alvar Fañez que lo lleva,  
Para que lo diga al Rey,  
Le dice d'esta manera:  
«Dile, amigo, al rey Alfonso,  
»Que reciba su grandeza,  
»De un fidalgo desterrado,  
»La voluntad y la ofrenda,  
»Y que en este don pequeño  
»Solamente tome en cuenta,  
»Que es comprado de los moros  
»A precio de sangre buena:  
»Que con mi espada en dos años  
»Le he ganado yo mas tierras,  
»Que le dejó el rey Fernando  
»Su padre, que en gloria sea:  
»Que en feudo d'ello lo tome,  
»Y que no juzgue á soberbia,  
»Que con parias de otros reyes  
»Pague yo á mi rey mis deudas;  
»Que pues él como señor  
»Me pudo quitar mi hacienda,  
»Bien puedo yo como pobre  
»Pagar con hacienda ajena:  
»Y que juzgue que en su dicha  
»Son delante mis enseññas  
»Millaradas de enemigos  
»Como ante el sol las tinieblas:  
»Y espero en Dios que mi brazo  
»Ha de havello rico, mientras  
»La mano aprieta á Tizona,  
»Y el talon fiere á Babieca:  
»Y en tanto mis envidiosos  
»Descansen, mientras les sea  
»Firme muralla mi pecho  
»De su vida y de sus tierras,  
»Y entreténganse en palacio,  
»Y guárdense no me vendan;  
»Que del tropel de los moros  
»Soltaré una vez la presa,  
»Y llegarán su avenida  
»A ver entre sus almenas;  
»Y defiendan bien sus honras  
»Como manchan las ajenas;  
»Y si les diere en los ojos  
»Lo que les dió en las orejas,  
»Verán que el Cid no es tan malo  
»Como son sus obras buenas;  
»Y si sirven á su rey  
»En la paz como en la guerra

»Mentirosos lisonjeros,  
»Con la espada ó con la lengua,  
»Y verá el buen rey Alfonso  
»Si son de Búrgos las fuerzas,  
»Los caminos de ladrillo  
»O los ánimos de piedra:  
»Que le suplico permita  
»Se pongan esas banderas  
»A los ojos del glorioso  
»Mi Príncipe de la Iglesia,  
»En señal que con su ayuda  
»Apénas enhiestas quedan  
»En toda España otras tantas,  
»Y ya me parto por ellas:  
»Y le suplico me envíe  
»Mis fijas y mi Jimena,  
»D'esta alma sola afligida,  
»Regaladas dulces prendas;  
»Que si no mi soledad,  
»La suya al ménos le duela,  
»Porque de mi gloria goce  
»Ganada en tan larga ausencia.»  
Mirad, Alvaro, no erreis;  
Que en cada razon de aquestas  
Llevais delante del Rey  
Mi descargo y mi limpieza.  
Decido con libertad,  
Que bien sé que habrá en la rueda  
Quien mis pensamientos mida,  
Y vuestras palabras mismas.  
Procurad que aunque les pese,  
A los que mi bien les pesa,  
No leven mas que la envidia  
De mí, de vos ni de ellas:  
Y si en mí Valencia amada  
No me halleréis á la vuelta,  
Peleando me hallarédes  
Con los moros de Consuegra.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

845.

CUMPLE ALVAR FAÑEZ CON EL REY EL MENSAJE  
QUE LE ENCARGÓ EL CID. — CXXII.

(Anónimo 1.)

Llegó Alvar Fañez á Búrgos  
A llevar al Rey la empresa  
De cautivos y caballos,  
De despojos y riquezas.  
Entró á besarle la mano,  
Despues de darle licencia,  
Y puesto ante él de rodillas  
Este recaudo comienza:  
— Poderoso rey Alfonso,  
Reciba vuesa grandeza  
De un fidalgo desterrado  
La voluntad y la ofrenda.  
Don Rodrigo de Vivar,  
Fuerte muro en tu defensa,  
Por envidia desterrado  
De su casa y de su tierra,  
Pide que con libertad  
Hable puesto en su defensa,  
Y así quiero por no errar  
Decir sus palabras mismas.  
Dice: «que este don pequeño  
»Tomeis solamente en cuenta,  
»Que es ganado de los moros  
»A precio de sangre buena:  
»Que con su espada en dos años  
»Te ha ganado el Cid mas tierras,  
»Que te dejó el rey Fernando,  
»Tu padre, que en gloria sea:  
»Que en feudo d'esto lo tomes,  
»Y no juzgues á soberbia  
»Que con parias de otros reyes

»El pague á su rey sus deudas;  
»Y pues tú como señor  
»Le quitaste su hacienda,  
»Que bien puede como pobre  
»Pagar con hacienda ajena.  
»Que fies en Dios y en él  
»Que te ha de hacer rico, mientras  
»La mano aprieta á Tizona  
»Y el talon hiere á Babieca.  
»Y que gustes que en San Pedro  
»Se pongan estas banderas  
»A los ojos del glorioso  
»Gran Príncipe de la Iglesia,  
»En señal que con su ayuda  
»Apénas enhiestas quedan  
»En toda España otras tantas,  
»Y ya se parte por ellas.  
»Que te suplica le envíe  
»Sus fijas y su Jimena,  
»Del alma triste afligida  
»Regaladas dulces prendas,  
»Y si no su soledad,  
»La suya al ménos te duela,  
»Para que su gloria goce  
»Ganada en tan larga ausencia.»  
No quisiera haber errado,  
Que en cada palabra d'estas  
Te traigo, Rey, de Rodrigo  
Su descargo y su limpieza. —  
Apénas dió la embajada  
Cuando la envidia revienta  
De envidiosos lisonjeros,  
Y corredores de orejas.  
Movióse un conde agraviado,  
Y díjole al Rey: — Tu Alteza  
No dé crédito á estas cosas,  
Que son engaños que ceban.  
Querrá ahora el Cid Rodrigo,  
Con esto que te presenta,  
Venirse á Búrgos mañana  
A confirmar tus ofensas. —  
Caló Alvar Fañez la gorra,  
Y empuñando en la derecha,  
Tartamudo de coraje,  
Le dió al Conde esta respuesta:  
— Nadie se mude ni hable,  
Y el que se moviere atienda  
Que le fabla el Cid presente,  
Pues yo lo soy en su ausencia:  
Y cuando en mi pobre esfuerzo  
Cupiere alguna flaqueza,  
La gran firmeza del Cid  
Me ayuda desde Valencia:  
No le venda ningun falso  
Ni sus lisonjas le vendan,  
Que d'él y de mí, en su nombre,  
No aseguro la cabeza.  
Y tú, Rey, que las lisonjas  
Acomodas y aprovechas,  
Haz de lisonjas murallas,  
Y verás como pelean.  
Perdona que con enojo  
Pierdo el respeto á tu Alteza,  
Y dame si me has de dar  
Del Cid las queridas prendas:  
A Doña Jimena digo,  
Y á sus dos hijas con ella,  
Pues te ofrezco su rescate  
Como si estuvieran presas. —  
Levantóse el rey Alfonso,  
Y á Alvar Fañez pide y ruega  
Que se sosiegue, y los dos  
Vayan á ver á Jimena.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

1 De fines del siglo xvi. En este romance repite Alvar Fañez al Rey el mensaje que le dió el Cid, y lo dice al pié de la letra, como se usaba entre los épicos griegos.

846.

CARTA DEL CID, QUE ALVAR FAÑEZ ENTREGÓ DE SU PARTE  
AL REY.—CXXIII.(Anónimo<sup>1</sup>.)

« El vasallo desleale,  
 » El desterrado, el traidor,  
 » El que non cupo en Castilla  
 » Magüer que en ella nació,  
 » El aviltado de todos,  
 » Y mas que d'ellos de vos;  
 » El que de sí non se miembra  
 » Por tratar de vuestro pro,  
 » El que de vuestros denuestos  
 » Ya non se le acuerda, non,  
 » Desde Valencia os envía  
 » Salud: otórgueosla Dios.  
 » Non satisface los tuertos  
 » Que le ficisteis, señor,  
 » Pues d'ellos ha resultado  
 » Vuestro provecho y su honor.  
 » Sus maldicientes perdona,  
 » Aunque indignos de perdon,  
 » Que los divinos secretos  
 » Tienen asaz gran fondon;  
 » Que por donde el home cuida  
 » Que amaga su perdicion  
 » Viene su pro á las vegadas:  
 » ¡Mirad pues cuán altos son!  
 » Yo hablaré de experiencia,  
 » Y sé á quién le hizo el loor,  
 » Y á vos, rey, alguna parte,  
 » Instrumento con que obró.  
 » En ese arqueton de plata  
 » Vos endono un rico don:  
 » Estimadlo, Alfonso, en mucho,  
 » Que merece estimacion.  
 » Cinco coronas van ende,  
 » Cada con su real pendon;  
 » Cinco cetros de oro puro,  
 » Que de cinco reyes son;  
 » Cinco llaves van tambien,  
 » Que como á rey y señor  
 » Vos entriega el vuestro siervo:  
 » Non lo ficiera un traidor.  
 » Chantadlas en vuestro escudo,  
 » Que non menguaréis de honor:  
 » ¡Farta sangre asaz me cuesta  
 » Su prolija aquistacion!  
 » Non deís nada al mandadero,  
 » Que ya le he pagado yo,  
 » Que es Alvar Fañez Minaya  
 » Un mi sirviente de pro:  
 » Conocedle, señor Rey,  
 » Y fabladle con amor,  
 » Ya que yo no he alcanzado  
 » Este agasajo de vos,  
 » Que el buen fablar en los reyes  
 » Cuesta muy poco, señor,  
 » Y face vasallos leales,  
 » Lo que non face el temor,  
 » Que non el temor y amores  
 » Comen en un plato, non,  
 » Y el temido, pocas veces  
 » Fué amado de corazon.  
 » Diréis que aqueste Rodrigo  
 » Siempre fué aconsejador,  
 » Y aina os dirán los tiempos  
 » Si teneis otro mejor;  
 » Que non soy tan mal vasallo  
 » Que con muchos como yo  
 » Non restaurara de presto  
 » Lo que el rey godo perdió.  
 » Gocéis lo que os doy mil años,  
 » Que hoy vos pongo en posesion:  
 » Non quiero para mí nada,  
 » Solo escucho vuestro amor,  
 » Y que por la mi Jimena,  
 » Que es dueña de gran valor,

» Miredes, y por mis fijas:  
 » Solo vos pido este don  
 » En pago de mis servicios,  
 » Si merecen galardón,  
 » Que non vos será afanoso  
 » Cumplir vuestra obligacion.»

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Es de fines del siglo xvi, aunque afecta mas antigüedad.

847.

GANADA VALENCIA, EL CID VA Á DAR GRACIAS Á DIOS  
EN SAN PEDRO DE CARDEÑA.—CXXIV.

(Anónimo.)

Victorioso vuelve el Cid  
 A San Pedro de Cardena  
 De las guerras que ha tenido  
 Con los moros de Valencia.  
 Las trompetas van sonando  
 Por dar aviso que llega,  
 Y entre todos se señalan  
 Los relinchos de Babieca.  
 El Abad y monjes salen  
 A recibirlo á la puerta,  
 Dando alabanzas á Dios  
 Y al Cid mil enhorabuenas.  
 Apeöse del caballo,  
 Y antes de entrar en la iglesia  
 Tomó el pendon en sus manos,  
 Y dice de esta manera:  
 —Sali de tí, templo santo,  
 Desterrado de mi tierra;  
 Mas ya vuelvo á visitarte  
 Acogido en las ajenas.  
 Desterróme el rey Alfonso  
 Porque allá en Santa Gadea  
 Le tomé el su juramento  
 Con mas rigor que él quisiera.  
 Las leyes eran del pueblo,  
 Que no excedi un punto d'ellas,  
 Pues como leal vasallo  
 Saqué á mi rey de sospecha.  
 ¡Oh envidiosos castellanos,  
 Cuán mal pagais la defensa,  
 Que tuvistes en mi espada  
 Ensanchando vuestra cerca!  
 Veis aquí os traigo ganado  
 Otro reino y mil fronteras,  
 Que os quiero dar tierras mias,  
 Aunque me echais de las vuestras.  
 Pudiera dárselo á extraños;  
 Mas para cosas tan feas  
 Soy Rodrigo de Vivar,  
 Castellano á las derechas.

(Romancero general.)

848.

DEFIENDE EL CID Á VALENCIA CONTRA EL MIRAMAMOLIN  
REY DE TÚNEZ.—CXXV.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Aquese famoso Cid  
 Con gran razon es loado;  
 Ganada tiene á Valencia,  
 De moros la ha conquistado:  
 En ella está su mujer  
 Fija del conde Lozano.  
 Doña Sol y Doña Elvira  
 Poco ha que habian llegado  
 De San Pedro de Cardena  
 Do el Cid las habia dejado.  
 Estando el Cid á placer  
 Nuevas le habian llegado  
 Que el gran Miramamolín  
 Rey de Túnez coronado  
 Venía á se la quitar

Con gran gente de á caballo:  
 Cincuenta mil eran estos,  
 Los de á pié no tienen cabo.  
 El Cid, como era valiente,  
 Y en armas tan aprobado,  
 Basteció bien los castillos,  
 Y en todo puso recaudo;  
 Esforzó sus caballeros  
 Como lo habia acostumbrado.  
 Subiera á Doña Jimena,  
 Y á sus fijas en su cabo,  
 En una torre mas alta  
 Que en el alcázar se ha hallado.  
 Miraron contra la mar,  
 Los moros están mirando  
 Viendo como armaban tiendas  
 A gran priesa y gran cuidado.  
 Al rededor de Valencia  
 Grandes alaridos dando,  
 Tañendo sus atambores  
 Los aires van penetrando.  
 Doña Jimena y sus fijas  
 Gran pavor habian cobrado,  
 Porque jamas habian visto  
 Tantas gentes en un campo;  
 Esforzábalas el Cid,  
 De aquesta suerte fablando:  
 —No temais, Doña Jimena  
 Y fijas que tanto amo;  
 Mientras que yo fuere vivo  
 De nada tengáis cuidado,  
 Que los moros que aquí vedes  
 Vencidos habrán quedado,  
 Y con el su gran haber,  
 Fijas, os habré casado,  
 Que cuantos mas son los moros,  
 Mas ganancia habrán dejado,  
 Y las bocinas que traen  
 Y ante vos se habian tocado,  
 Servirán para la Iglesia  
 D'este pueblo valenciano.—  
 Viendo entónces que los moros  
 Por las huertas han entrado  
 Derramados y esparcidos,  
 Sin órden y á mal recaudo,  
 A Don Alvar Salvadores  
 Le dijo:—Sed luego armado,  
 Tomaréis doscientos homes  
 De á caballo aderezados,  
 Y haced una espolonada  
 Contra los perros paganos,  
 Porque Jimena y sus fijas  
 Veán que sois esforzado.—  
 Salvadores lo cumpliera  
 Como el Cid lo habia mandado.  
 Dió de tropel en los moros,  
 De las huertas los ha echado:  
 Firiendo iban en ellos,  
 Firiendo van y matando  
 Hasta dentro de las tiendas,  
 Que los moros han armado.  
 De allí se tornaron todos,  
 Doscientos moros matando:  
 Preso queda Salvadores,  
 Que por ser aventajado  
 Se metió tanto en los moros,  
 Que lo habian cautivado:  
 Sacóle el Cid otro día  
 Los moros desbaratando.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.  
—It. ESCOBAR, Romancero del Cid.)

849.

VICTORIA DEL CID SOBRE EL MIRAMAMOLIN.—CXXVI.

(Anónimo<sup>1</sup>.)Ya se salen de Valencia  
Con el buen Cid castellano

Sus gentes bien ordenadas,  
 Las de á pié y las de á caballo;  
 Su seña lleva tendida  
 Bermudez el esforzado;  
 Por la puerta la Culebra  
 Salian todos al campo.  
 Don Jerónimo, arzobispo,  
 Delante va bien armado;  
 Para contra el moro rey  
 Miramamolín llamado,  
 Que venia contra el Cid  
 A le quitar lo gauado.  
 Cincuenta mil caballeros  
 Trae el moro á su mandado;  
 Las haces muy ordenadas,  
 Ambas se habian juntado;  
 Como los moros son muchos,  
 Y tan pocos los cristianos,  
 Tiénelos en grande aprieto;  
 Mas el buen Cid ha llegado  
 A grandes voces diciendo,  
 En Babieca cabalgado:  
 —¡Dios, ayuda, y Santiago!  
 Firiendo van en los moros,  
 Firiendo van y matando.  
 Grande favor habia el Cid  
 Verse bien encalbagado  
 En su caballo Babieca,  
 Y el brazo lleva bañado  
 En la sangre de los moros  
 Hasta el codo ensangrentado;  
 No hiere mas de una vez  
 Al moro que osa aguardallo.  
 Fuido han en fin los moros,  
 Y el campo les han dejado;  
 Mas yendo en su seguimiento  
 Con el rey moro habia dado.  
 Tres veces ya lo ha herido,  
 Mas el moro es bien armado,  
 Y el caballo del buen Cid  
 Mucho adelante ha pasado,  
 Y cuando tornara al moro  
 Mucha tierra le ha cobrado:  
 No lo pudiera alcanzar,  
 En un castillo se ha entrado:  
 De las gentes que traía  
 Solamente habian quedado  
 No mas de mil y quinientos,  
 Los mas muerto y cautivado.  
 Gran haber hubiera el Cid  
 De oro, y plata, y de caballos,  
 Y una tienda la mas rica  
 Que se viera entre cristianos.  
 A Don Alvar Salvadores  
 En la tienda lo ha hallado,  
 De lo cual se alegró el Cid,  
 Y á Valencia se ha tornado,  
 Y Jimena con sus fijas  
 Gran placer habian tomado.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.  
—It. ESCOBAR, Romancero del Cid.)<sup>1</sup> Del tiempo y de la clase de los de Sepúlveda.

850.

POR COMPLACER AL REY CASA EL CID SUS HIJAS  
CON LOS CONDES DE CARRION.—CXXVII.(Anónimo<sup>1</sup>.)

Considerando los Condes  
 Lo que el de Vivar vale,  
 Y que su fama se aumenta  
 Por las fazañas que face,  
 Al rey Don Alfonso piden  
 Que con sus fijas les case,  
 Porque ser yernos del Cid  
 Es bien que puede estimarse.  
 El Rey por facelles bien  
 Luego le envió un mensaje

Que se viniese á Requena  
Para que con él lo trate.  
Rodrigo vista la nueva  
Dió d'ello á Jimena parte;  
Que en tal caso las mujeres  
Suelen ser muy importantes.  
Sabido, no gustó d'ello,  
Y dijo al Cid: — Non me place  
De emparentar con los Condes,  
Magüer sean de linaje,  
Mas fágase ende, Rodrigo.  
Lo que á vos mas os agrade,  
Que no hay mengua de consejo  
Do está el Rey y vos estades.—  
Rodrigo partió á Requena,  
Y tambien el Rey se parte  
Juntamente con los Condes,  
Porque el Cid los vea y fable.  
Despues de dicha una misa,  
Delante el Rey y los grandes,  
Por Don Jerónimo, obispo,  
Con muchas solemnidades,  
El Rey al Cid apartó  
De todos los circunstancias,  
Y estas palabras propuso  
Con gravadoso semblante:  
— Bien sabedes, Don Rodrigo  
Que os tengo amor asaz grande,  
Y por vuestras cosas cuido  
Con solicitud bastante:  
Por ende habeis de saber  
Que fice aqueste viaje  
Por fablaros de un negocio,  
Que importa con vos se fable.  
Los condes de Carrion  
Me han rogado que vos trate  
En que les deis vuestras fijas,  
Y que con ellas los case,  
Que estarán agradecidos  
Si esta merced se les face,  
Porque es gran razon se estimen  
Fijas que son de tal padre.  
Codician vuesa amistad,  
Atienden al trato afable,  
Aman mucho vuestras cosas,  
Y estiman á vuesa sangre.—  
Agradeció el Cid entónes  
Al Rey la merced tan grande,  
Y dijo se sirviese  
De todo lo que á él tocase,  
Que d'él, de fijas, de haberes,  
Ficiese lo que mandase,  
Que él no casaba á sus fijas,  
Mas las da que se las case.  
Dió el Rey gracias por ello  
Y mandó les entregasen  
Ocho mil marcos de plata  
Para el día en que se casen;  
Y al tío de las doncellas,  
Que era el buen Don Alvar Fañez,  
Mandó el Rey que las tuviese  
Fasta que se desposasen.  
Luego el Rey llamó á los Condes,  
Y mandó que le besasen  
Las manos al Cid Ruy Diaz,  
Y le fagan homenaje.  
Ficiéronlo así los Condes  
Delante el Rey y los grandes,  
Y convidó el Cid á todos  
Porque en sus bodas se hallen.  
Partióse el Rey á Castilla  
Y el de Vivar con él parte,  
Y á dos leguas mandó el Rey,  
Que no pasen adelante.  
Fuése Rodrigo á Valencia  
Donde quiso se juntasen  
Los Condes y caballeros,  
Porque las bodas se acaben.  
Cuándo el Cid los vido juntos

Dijole á Don Alvar Fañez,  
Que lo que el Rey le mandó  
Luego al punto efectúase;  
Que trajese á sus sobrinas,  
Y que á los condes ó infantes  
Que llaman de Carrion  
Al punto las entregase.  
Diéronselas, y los Condes  
Con amorosas señales  
Dieron muestras del contento  
Que d'este suceso nace,  
Porque es tan fuerte el amor,  
Y son sus efectos tales,  
Que lo publican los ojos,  
Aunque la lengua lo calle.  
Fizo el Obispo su oficio,  
Dió bendiciones y paces,  
Hubo fiestas ocho dias  
De cañas, toros y bailes;  
Dió grandes dones el Cid  
A los Condes y magnates,  
Que aquel que es grande en sus fechos  
Suele ser en todo grande.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

<sup>4</sup> Aquí empiezan los romances de los condes de Carrion, con sus bodas, y la afrenta hecha á las hijas del Cid, hasta que este le retó por ello ante el rey Alfonso y las Cortes.

## 851.

MUÉSTRANSE COBARDES LOS CONDES DE CARRION, YERNOS DEL CID, DELANTE DE UN LEON ESCAPADO DE SU CADENA.— CXXVIII.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Acabado de yantar,  
La faz en como la mano,  
Durmiendo está el señor Cid  
En el su precioso escaño:  
Guardándole están el sueño  
Sus yernos Diego y Fernando,  
Y el tartajoso Bermudo.  
En lides determinado:  
Fablando están juglerías,  
Cada cual para hablar paso,  
Y por soportar la risa  
Puesta la mano en los labios,  
Cuando unas voces oyeron  
Que atronaban el palacio,  
Diciendo: — ¡Guarda el león!  
¡Mal muera quien lo ha soltado!—  
No se turbó Don Bermudo,  
Empero los dos hermanos  
Con la cuita del pavor  
De la risa se olvidaron,  
Y esforzándose las voces  
En puridad se hablaron,  
Y aconsejaronse aprisa  
Que no fuyesen despacio.  
El menor, Fernan Gonzalez,  
Dió principio al fecho malo,  
En zaga el Cid se escondió  
Bajo su escaño agachado.  
Diego, el mayor de los dos,  
Se escondió á trecho mas largo  
En un lugar tan lijoso,  
Que no puede ser contado.  
Entró gritando el gentío,  
Y el leon entró bramando,  
A quien Bermudo atendió  
Con el estoque en la mano.  
Aquí dió una voz el Cid,  
A quien como por milagro  
Se humilló la bestia fiera,  
Humildosa y coleando.  
Agradecióselo el Cid,  
Y al cuello le echo los brazos,  
Y llevólo á la leonera

Faciéndole mil falagos.  
Aturdido está el gentío  
Viendo lo tal, no acatando  
Que ambos eran leones,  
Mas el Cid era mas bravo.  
Vuelto pues á la su sala,  
Alegre y no demudado,  
Preguntó por sus dos yernos  
Su maldad adivinando.  
Bermudo le respondió:  
— Del uno os daré recaudo,  
Que aquí se agachó por ver  
Si el leon es fembra ó macho.—  
Allí entró Martin Pelaez,  
Aquel tímido asturiano,  
Diciendo á voces: — Señor,  
Albricias, ya lo han sacado.—  
El Cid replicó: — ¿A quién?—  
El respondió: — Al otro hermano,  
Que se sumió de pavor  
Do no se sumiera el diablo.  
Miradle, señor, dó viene,  
Empero faceos á un lado,  
Que habeis, para estar par dél,  
Menester un incensario.—  
Desenjaularon al uno,  
Metieron otro del brazo,  
Manchados de cosas malas  
De boda los ricos paños.  
Movido de saña el Cid  
A uno y á otro mirando,  
Reventando por fablar,  
Y por callar reventando,  
Al cabo soltó la voz  
El soberbio castellano,  
Y los denuestos les dijo  
Que vos contaré despacio.

(Romancero general. — It. ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

<sup>4</sup> De las últimas décadas del siglo XVI. El del número 853 es continuación ó segunda parte de este.

## 852.

AL MISMO ASUNTO.— CXXIX.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Casadas tiene sus hijas  
Ese buen Cid castellano,  
Con dos condes de Castilla  
De linaje muy honrado.  
La fortuna, que no deja  
Las cosas en un estado,  
Ordenó que como el Cid  
Despues que hubo yantado,  
Muy contento y satisfecho  
Se durmió sobre un escaño,  
Sus yernos se paseaban  
Con otros por el palacio:  
Entró un leon por la sala,  
El cual se habia soltado  
Por descuido, de do estaba  
Del leonero encerrado.  
Los yernos, como le vieron,  
De verlo se han espantado:  
Metióse el uno en huida,  
Del escaño se ha escudado,  
Y Don Fernando, el mayor,  
Por un postigo se ha entrado,  
Que salia á un corral;  
Con el temor que ha llevado,  
Cayó en un lugar asaz  
Deshonesto y perfumado.  
Al ruido y alboroto  
El buen Cid ha despertado:  
Fuérase para el leon,  
Con un palo en la su mano.  
Tomóle por el pescuezo,

Donde estaba le ha tornado,  
Y sabiendo que sus yernos  
Del leon se han ausentado,  
A los dos siendo presentes  
Muy mal los ha barajado.  
Los yernos pensando qu'él  
Tal maraña habia ordenado,  
Enemiga le tuvieron,  
Muy gran odio le han tomado,  
Y de vengar esta injuria  
Muy malamente, han pensado.

(TIMONEDA, *Rosa española.* — It. WOLF, *Rosa de romances.*)

<sup>4</sup> Acaso es Timoneda el autor de este romance.

## 853.

REPRENDE EL CID DE COBARDES Á SUS YERNOS,  
Y ELLOS QUEDAN OFENDIDOS.— CXXX.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

— Non quisiera, yernos mios,  
Haber visto tal guisado,  
Cual el d'este mal suceso,  
Magüer cuido algun gran daño.  
¿Son estas ropas de bodas?  
¿Haya mal grado el diablo!  
¿Qué pavor ha sido el vuestro,  
Que habeis fecho tal recaudo?  
Teniendo las vuestas armas  
¿Por qué fugisteis entrambos?  
¿Non estábades conmigo  
Para siquiera mirallo?  
Pedisteis al Rey mis fijas  
Cuidando de valer algo,  
Non fice mi voluntad,  
Mas fice en el su mandado.  
¿Vosotros sodes los novios  
Para mi vejez guardados?  
¿Buena vejez me darédes  
Siendo tan afeminados!  
No quiero pasar de aquí,  
Que si miro lo pasado  
Reviento de pesadumbre  
Considerando este caso.—  
Estas palabras el Cid  
Les dijo muy enojado  
Por haber así fuido  
Del leon los dos hermanos:  
Agraviáronse los Condes,  
Y con él quedan odiados.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid.*)

<sup>4</sup> Tambien afecta una antigüedad que no tiene. Es la continuación ó segunda parte del del número 851.

## 854.

SALE EL CID DE VALENCIA CONTRA BUCAR, ARMADO POR SU  
ESPOSA JIMENA, Á QUIEN DEJA ENCOMIENDAS PARA EL  
CASO DE MORIR EN LAS BATALLAS.— CXXXI.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

— Si de mortales feridas  
Fincare muerto en la guerra,  
Llevadme, Jimena mia,  
A San Pedro de Cardeña:  
Y así buena andanza hayades  
Que me fagades la huesa  
Junto al altar de Santiago,  
Amparo de lides nuevas.  
Non me curedes plañir,  
Porque la mi gente buena  
Viendo que falta mi brazo  
Non fuya y deje mi tierra.  
Non vos conozcan los moros  
En vuestro pecho flaqueza,  
Sino que aquí griten armas,

Y allí me fagan obsequias :  
Y la Tizona que adorna  
Esta mi mano derecha,  
Non pierda de su derecho,  
Ni venga á manos de fembra.  
Y si permitiere Dios  
Que el mi caballo Babieca  
Fincare sin su señor,  
Y llamare á vuesa puerta,  
Abridle y acariñadle  
Y dadle racion entera,  
Que quien sirve á buen señor,  
Buen galardón del espera.  
Ponedme de vuesa mano  
El peto, espaldar y grevas,  
Brazal, celada y manoplas,  
Escudo, lanza y espuelas;  
Y puesto que rompe el día  
Y me dan los moros priesa,  
Dadme vuesa bendición  
Y fincad enhorabuena.—  
Con esto salió Rodrigo  
De los muros de Valencia  
A dar la batalla á Búcar.  
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

4 De las últimas décadas del siglo XVI.

855.

CONSEJO QUE TIENE EL CID PARA DEFENDER Á VALENCIA  
CONTRA BÚCAR. — MIEDO DE LOS DE CARRION. — INTIMA  
EL MORO AL CID QUE SE RINDA; PERO ESTE LE DA BATALLA  
Y LE VENCE. — CXXXII.

(Anónimo 4.)

La venida del rey Búcar  
A la ciudad de Valencia  
Está consultando el Cid  
Con muchos homes de cuenta :  
Estando en aquesta fabla  
Han entrado por la puerta  
Sus yernos, disimulando  
La traicion que asaz le ordenan.  
Asiento les diera el Cid  
A la su mano derecha,  
El temblando de atrevido,  
Y ellos tiemblan de flaqueza,  
Que los ánimos cobardes  
Carecen de fortaleza.  
En estas fablas estando  
Toda la gente trae nuevas  
Con cajas, pífanos, trompas,  
De como los moros llegan.  
Subióse el Cid con los suyos  
A una torre tan soberbia  
Como son sus pensamientos,  
Que igualan á las estrellas.  
Puesto de pechos el Cid  
En las soberbias almenas,  
Miraba al Rey que ha llegado  
Con el ejército y tiendas,  
De que sus cobardes yernos  
Ya se temen y recelan.  
El Cid ha sido avisado  
Que un recaudo del Rey llega;  
Bajóse por recibillo,  
Sin bajar su fortaleza.  
A las razones del moro  
Atiende el Cid con prudencia,  
Y turbado de su aspecto  
Le dice d'esta manera :  
—El rey Búcar, mi señor,  
Ha venido de su tierra  
A deshacer el gran tuerto  
Con que tú le tienes esta.  
Enviatela á pedir,

Y en viendo que no la dejas,  
Te apercibe á la batalla,  
Y procura defendella.—  
Oidas estas razones,  
No haciendo d'ellas cuenta,  
Alegre responde el Cid,  
Mostrando mucha clemencia :  
—Dile al Rey que se aperciba,  
Que yo pondré mi defensa;  
Valencia me cuesta mucho  
Y no pienso salir d'ella,  
Porque he pasado en ganalla  
Muy grandes cuitas y penas.  
Gracias infinitas doy  
A la infinita grandeza  
Que me otorgó la vitoria  
En tan peligrosa guerra;  
A solo Dios lo agradezco,  
Y á la sangre y gente buena  
De mis parientes y amigos  
Que tambien mucho les cuesta.—  
El moro se despidió,  
Cobarde en ver su presencia,  
Y temeroso de oírle  
Al Rey le lleva la nueva.  
El Cid se queda ordenando  
Cosas sobre esta hacienda,  
Y conoció de sus yernos  
La cobardía que encierran.  
Mandóles que se quedasen  
Porque no prueben sus fuerzas :  
Ellos temerosos d'esto,  
Corridos de tal afrenta,  
Le dicen que han de ir con él  
A tan peligrosa empresa.  
Juntas las gentes del Cid  
Sus haces trazan y ordenan;  
Todos salen al real,  
Y el Cid con tanta braveza,  
Que los moros temerosos  
Sus haces juntan apriesa.  
Al son de pífano y cajas  
La batalla se comienza,  
Animándolos Rodrigo  
Que lleva la delantera;  
Con su gente puesta en orden  
La batalla les presenta.  
Embistense ambas las partes,  
Y en la batalla sangrienta  
Diez y ocho reyes prende,  
Y á todos ellos prendiera;  
Mas poniendo á los piés alas  
Desembarazan la tierra,  
Y aunque costó mucha sangre  
Durando tan grande pieza,  
La vitoria llevó el Cid,  
Y con ella entró en Valencia.  
Recibiólo la ciudad  
Con aplauso y buena estrena;  
Deséanle mil saludes  
Para su amparo y defensa,  
Y él contento y muy alegre  
Se va á ver á su Jimena.

(Escobar, *Romancero del Cid.*)

4 De fines del siglo XVI.

856.

HUYE FERNAN GONZALEZ, YERNO DEL CID, DE UN MORO  
AL CUAL MATA ORDOÑO OCULTANDO LA COBARDÍA  
DE AQUEL. — CXXXIII.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En batalla temerosa  
Andaba el Cid castellano  
Con Búcar, ese rey moro,  
Que contra el Cid ha llegado

A le ganar á Valencia,  
Que el buen Cid ha conquistado.  
Los condes de Carrion  
En ella se habian hallado,  
Y contra un infante d'ellos  
Fernan Gonzalez llamado,  
Un moro viene corriendo  
Con fuerte lanza en su mano :  
Fuerte muestra el moro ser,  
Segun viene denodado.  
El Conde, que vido al moro,  
Huyendo va por el campo.  
No lo habia visto ninguno  
Para que sea publicado,  
Sino fuera Don Ordoño :  
Escudero es muy honrado,  
Que del buen Cid es sobrino,  
De Pedro Bermudo hermano.  
Ordoño fué contra el moro,  
Con su lanza lo ha encontrado,  
Y firiendo en los pechos  
Pasólo de lado á lado.  
El pendon que va en la lanza  
Todo sale ensangrentado;  
El moro cayera muerto,  
Don Ordoño se ha apeado  
Y el caballo que traía  
Con las armas le ha tomado.  
Llamó á su cuñado el Conde,  
Esto le estaba hablando :  
—Cuñado Fernan Gonzalez,  
Tomad vos este caballo,  
Decid que el moro matasteis  
Que en él venia cabalgando;  
Que en dias que yo viviere  
Non diré yo lo contrario,  
Non haciendo vos por qué  
Siempre se estará encelado.—  
Estando en estas razones  
El buen Cid habia llegado,  
A un moro venia siguiendo  
Y muerto lo ha derribado.  
Don Ordoño dijo al Cid :  
—Señor, este yerno honrado,  
Que por bien os ayudar  
Un moro mató en el campo  
De un golpe que le dió,  
Suyo fizo este caballo.—  
Mucho le plugo al buen Cid  
De lo que le habia contado,  
Cuidando decir verdad,  
Mucho á su yerno ha loado.  
Juntos van por la batalla,  
Firiendo van y matando,  
Y en moros que los aguardan  
Haciendo van grande estrago.

(Sepúlveda, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

857.

ORDOÑO BERMEDEZ REPRENDE Á FERNAN GONZALEZ POR  
QUE HUYA LA BATALLA CONTRA EL MORO QUE LE ACO-  
METIÓ. — CXXXIV.

(De Lope de Vega.)

—Tirad, fidalgos, tirad  
A vuestro troton el freno,  
Que en fuir de aqueise modo  
Mostrais el pavor del pecho.  
De un home solo fuís,  
Mirad que no es de homes buenos  
Fuir en tal lid de un moro  
Donde hay tantos que lo vieron.  
Si non queredes morir  
Como buen fidalgo á fierro,  
Non vivais entre fidalgos,  
Que fincan contino muertos.  
Tornadvos luego á Valencia,

T. X.

Que si non faceis mas qu'eso,  
Tambien saldrán á lidiar  
Las damas que quedan dentro.  
¡Mal andanza vos dé Dios!  
Pues con aspecto tan feo  
Así en público fuís,  
¿Qué vos dirán en secreto?  
¡Mal la doctrina tomastes  
De mi tio vuestro suegro,  
Pues non manchais la Tizona,  
Deshonrando el honor viejo!  
Decides que sois fidalgos,  
¡Pues yo vos juro á San Pedro,  
Que tales desaguisados  
Non facen fidalgos buenos!  
Las armas traeis doradas,  
Non las regaleis, mancebos,  
Porque son fierros dorados  
Que publican vuestros yerros.  
Tomad aqueise caballo  
Del moro que yace muerto,  
Y decid que le vencistes,  
Que de callar os prometó.  
Galanes sois entre damas,  
Sed valientes entre perros,  
Porque non digan de vos  
A los que os han parentesco :  
Y adios, que quiero partirme  
Porque el Cid mi tio es viejo,  
Y le quiero ir á ayudar,  
Pues no le ayudan sus yernos.—  
Esto dijo el buen Bermudez,  
Porque el infante Don Diego  
En la Vega de Valencia  
Fuyó de un moro gran trecho.

(*Romancero general.*— It. VEGA CARPIO, obras  
sueltas.)

858.

BALANTEA BÚCAR Á URRACA, HIJA DEL CID, QUE DESDE UNA  
ALMENA LE ENTRETIENE MIÉNTRAS SU PADRE SE ARMA.  
—BARRUNTA EL MORO SU VENIDA, HUYE Y SE EMBAR-  
CA. — CXXXV.

(Anónimo 4.)

Hélo, hélo por dó viene  
El moro por la calzada,  
Caballero á la gineta  
Encima una yegua baya;  
Borceguies marroquies  
Y espuela de oro calzada;  
Una adarga ante los pechos,  
Y en su mano una azagaya :  
Mira y dice á esa Valencia :  
—¡De mal fuego seas quemada!  
Primero fuiste de moros  
Que de cristianos ganada.  
Si la lanza no me miente  
A moros serás tornada,  
Y á aquel perro de aquel Cid  
Prenderélo por la barba :  
Su mujer Doña Jimena  
Será de mi captivada,  
Y su hija Urraca Hernandez  
Será la mi enamorada :  
Despues de yo harto d'ella  
La entregaré á mis compañías.—  
El buen Cid no está tan léjos  
Que todo no lo escuchara.  
—Venid vos acá, mi fija,  
Mi fija Doña Urraca ;  
Dejad las ropas continas,  
Y vestid ropas de pascua,  
A aquel moro hi-de-perro  
Detiénemelo en palabras.  
Miéntas yo ensillo á Babieca,  
Y me ciño la mi espada.— 33

La doncella muy hermosa  
Se paró á una ventana;  
El moro desde que la vido  
D'esta suerte le hablara:  
—¡Alá te guarde, señora,  
Mi señora Doña Urraca!  
—¡Así faga á vos, señor,  
Buena sea vuestra llegada!  
Siete años ha, Rey, siete,  
Que soy vuestra enamorada.  
—Otros tantos ha, señora,  
Que os tengo dentro en mi alma.—  
Ellos estando en aquesto,  
El buen Cid ya se asomaba.  
—Adios, adios, mi señora,  
La mi linda enamorada,  
Que del caballo Babieca  
Yo bien oigo la patada.—  
Do la yegua pone el pié  
Babieca pone la pata.  
El Cid hablara al caballo,  
Bien oiréis lo que hablaba:  
—¡Reventar debía la madre  
Que á su hijo no esperaba!—  
Siete vueltas la rodea  
Al derredor de una jara;  
La yegua que era lijera  
Muy adelante pasaba  
Fasta llegar cabe un río  
Adonde una barca estaba.  
El moro desde que la vido  
Con ella bien se folgaba;  
Grandes gritos da al barquero  
Que le allegase la barca:  
El barquero es diligente  
Túvosela aparejada;  
Embarcóse presto en ella,  
Que no se detuvo nada.  
Estando el moro embarcado  
El buen Cid se llegó al agua,  
Y por ver al moro en salvo  
De tristeza reventaba;  
Mas con la furia que tiene  
Una lanza le arrojaba,  
Y dijo:—¡Coged, mi yerno,  
Arrecogedme esa lanza,  
Que quizá tiempo verná  
Que os será bien demandada!

(Cancionero de romances.—II. TIMONEDA,  
Rosa española.—II. Silva de varios romances.  
—II. Floresta de varios romances.)

<sup>1</sup> Es por antigüedad y popularidad uno de los mas interesantes que se hallan en la colección.—No puede decidirse si este romance se compuso con anterioridad, ó posteriormente al caballeresco del *Infante vengador*, número 294; pero sí es cierto que el primer verso de uno y otro son idénticos, y por consiguiente que era proverbial. También en su locución y formas son muy parecidos.

## 859.

HUYE BUCAR DEL CID.—CXXXVI.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

Encontrábase ha el buen Cid  
En medio de la batalla  
Con aquese moro Bucar,  
Que tanto le amenazaba.  
Cuando el moro vido al Cid  
Vuelto le ha las espaldas;  
Hacia la mar iba huyendo,  
Parece llevaba alas:  
Caballo trae corredor,  
Muy recio lo espoleaba;  
Alongado se ha del Cid,  
Que Babieca no le alcanza  
Por estar laso y cansado  
De la batalla pasada.  
El Cid con gran voluntad  
De vengar en él su saña,

Para escarmiento del moro  
Y de toda su compañía,  
Hiérole de las espuelas,  
Mas poco le aprovechaba.  
Cerca llegaba del moro  
Y la espada lo arrojaba,  
En las espaldas le hirió,  
Mucha sangre derramaba.  
El moro se entró huyendo  
En la barca que le aguarda.  
Apeárase el buen Cid  
Para tomar la su espada,  
También tomó la del moro  
Que era buena y muy preciada.

(ESCOBAR, *Romancero del Cid*.)

<sup>1</sup> Parece tradicional, y en su actual redacción, de la segunda mitad del siglo xv.

## 860.

AL MISMO ASUNTO.—CXXXVII.

(De Lorenzo de Sepúlveda <sup>1</sup>.)

Ese buen Cid Campeador  
Bravo va por la batalla;  
Contra aquese moro Bucar,  
Alzada lleva su espada.  
Cuando el moro vido al Cid,  
Vuelto le ha las espaldas:  
Hacia la mar iba huyendo,  
Parece que lleva alas.  
Caballo trae corredor,  
Muy recio lo espoleaba;  
Alongábase ha del Cid,  
Que Babieca no le alcanza,  
Pues está laso y cansado  
De la pasada batalla.  
El Cid con gran voluntad  
De vengar en él su saña,  
Lo hiere de las espuelas,  
Con gran enojo lo llaga;  
Cerca llegaba del moro,  
El espada le arrojara.  
En las espaldas lo hirió,  
Mucha sangre derramaba.  
El moro se entró huyendo  
En la nave que lo aguarda,  
Apeádose ha el buen Cid,  
Y allí su espada tomara;  
También tomó la del moro  
Que era muy buena y preciada.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados*, etc.)

<sup>1</sup> Si con presencia del anterior hizo Sepúlveda este romance, lo imitó tan bien, que á no haberle puesto su nombre, fuera posible aceptarlo como uno de los viejos tradicionales.

## 861.

LOS CONDES DE CARRION ULTRAJAN CON IGNOMINIA Á LAS HIJAS DEL CID SUS ESPOSAS.—CXXXVIII.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

De concierto están los condes  
Hermanos, Diego y Fernando;  
Afrentar quieren al Cid,  
Y han muy gran traicion armado.  
Quiéren volverse á sus tierras,  
Sus mujeres demandando,  
Y luego les dice el Cid  
Cuando las hubo entregado:  
—Mirad, yernos, que tratades  
Como á dueñas hijasdalgo  
Mis hijas, pues que á vosotros  
Por mujeres las he dado.—  
Ellos ambos le prometen  
De obedecer su mandado.  
Ya cabalgaban los Condes,  
Y el buen Cid ya está á caballo  
Con todos sus caballeros

Que le van acompañando.  
Por las huertas y jardines  
Van riendo y festejando;  
Por espacio de una legua  
El Cid los ha acompañado.  
Cuando d'ellas se despide  
Lágrimas le van saltando.  
Como hombre que ya sospecha  
La gran traicion que han armado,  
Manda que vaya tras ellos  
Alvar Fañez su criado.  
Vuélvese el Cid y su gente,  
Y los Condes van de largo.  
Andando con muy gran priesa,  
En un monte habian entrado  
Muy espeso, y muy oscuro  
De altos árboles poblado;  
Mandan ir toda su gente  
Adelante muy gran rato;  
Quédanse con sus mujeres,  
Tan solos Diego y Fernando.  
De sus caballos se apean,  
Y las riendas han quitado:  
Sus mujeres que lo ven,  
Muy gran llanto han levantado;  
Apeanlas de las mulas  
Cada cual para su lado;  
Como las parió su madre  
Ambas las han desnudado,  
Y luego á sendas encinas  
Las han fuertemente atado.  
Cada uno azota la suya,  
Con riendas de su caballo;  
La sangre que d'ellas corre,  
El campo tiene bañado;  
Mas no contentos con esto,  
Allí se las han dejado.  
Su primo que las hallara,  
Como hombre muy enojado  
A buscar los Condes iba,  
Y como no los ha hallado,  
Volvióse presto para ellas,  
Muy pensativo y turbado:  
En casa de un labrador  
Allí se las ha dejado.  
Vase para el Cid su tío,  
Todo se lo ha contado;  
Con muy gran caballería,  
Por ellas ha enviado.  
De aquesta tan grande afrenta,  
El Cid al Rey se ha quejado;  
El Rey como aquesto vido,  
Tres Cortes habia armado.

(Cancionero de romances.)

<sup>1</sup> Con variantes, y ménos completo, es el mismo que modernizado se coloca en seguida.—El romance redactado á fines del siglo xv, ó principios del xvi, parece ser de los tradicionales.

## 862.

AL MISMO ASUNTO.—CXXXIX.

(Anónimo.)

De concierto están los condes  
Hermanos, Diego y Fernando;  
Afrentar quieren al Cid,  
Muy gran traicion han armado.  
Quiéren volver á sus tierras;  
Sus novias han demandado,  
Y luego su suegro el Cid  
Se las hubiera entregado.  
—Mirad que me las tratades  
Como á dueñas hijasdalgo  
Mis hijas, pues que á vosotros  
Por mujeres las he dado.—  
Ellos ambos le prometen  
De obedecer su mandado.  
Ya cabalgaban los Condes,

Y el buen Cid está á caballo  
Con todos sus caballeros,  
Que le van acompañando,  
Por las huertas y jardines,  
Van riendo y festejando;  
Por espacio de una legua  
El Cid los va acompañando.  
Cuando d'ellos se despide,  
Lágrimas va derramando,  
Como hombre que sospecha  
La gran traicion que han armado <sup>1</sup>.  
Como el Cid tiene recelo,  
Aquesto hubo acordado;  
Llamó á su sobrino Ordoño,  
Y luego le habia mandado,  
Que vaya tras de sus hijas  
Cubierto y disimulado,  
Y qu'el vea muy bien visto  
Si las llevan á recaudo,  
Porque el corazon le dice  
El mal que le está aguardando.  
Los Condes con sus mujeres,  
Por su camino han andado;  
Por los lugares que van,  
Eran muy bien hospedados,  
Porque los señores d'ellos,  
Del buen Cid eran vasallos.  
Andando por sus jornadas  
A Tórnes habian llegado  
Y entre los robledos dél,  
Las damas han apeado  
De las mulas en que van,  
Porque así lo traen pensado;  
Mandan primero á su gente,  
Se vayan adelantando.  
Por los cabellos las toman  
Habiéndolas desnudado;  
Arrastránlas por el suelo,  
Tráenlas de uno al otro lado,  
Danlas muchas espaldas,  
En sangre las han bañado;  
Con palabras injuriosas  
Mucho las han denostado.  
Los cobardes caballeros  
Allí se las han dejado,  
Diciendo:—De vuestro padre  
En vos ya somos vengados,  
Que vosotras non sois tales  
Para con nusco casaros:  
Pagaréisnos las deshonras  
Que el Cid nos habia causado  
Cuando soltara el leon  
Y procurara matarnos;  
Y en medio de aquel robledo,  
Atadas habian quedado.  
Siguen ambos su camino,  
A su gente han alcanzado;  
Sus gentes á sus señores  
Por ellas han preguntado.  
Ambos Condes respondieron,  
Que quedan á buen recaudo.  
Las señoras muy cuitadas  
Grandes gritos quedan dando,  
Y alaridos basta el cielo,  
Su desdicha publicando,  
Diciendo:—¡Condes traidores,  
Cuán mal que lo habeis mirado!  
¿Siendo nos hijas del Cid,  
Así nos habeis tratado?  
Tal es él, que vengará  
La traicion que habeis obrado.—  
El llanto que están haciendo  
D.Ordoño está escuchando,  
Y á las voces que ambas dan,  
Donde están habia llegado;  
Y cuando vido á sus primas,  
La cara se está arañando,  
Mesaba los sus cabellos,  
Grandes gritos está dando.